

“POR QUÉ LOS SOLDADOS NO HABLAN”

Por John Steinbeck

Durante los años transcurridos entre la última guerra y ésta, siempre me extrañó la reticencia de los exsoldados con respecto a sus experiencias en la batalla. Si hubieran sido hombres reticentes habría sido diferente, pero algunos de ellos eran conversadores y otros incluso fanfarrones. Hablaban de sus experiencias hasta el momento de la batalla y luego, de repente, no hablaban más. Esto se consideraba heroico en ellos. Se pensó que lo que habían visto o hecho era tan horrible que no querían recordarlo para que los atormentara a ellos o a sus oyentes. Pero muchos de estos hombres no tuvieron esa consideración en ningún otro aspecto.

Recientemente encontré lo que parece ser una explicación razonable, y la respuesta es sencilla. Lo hicieron y no lo recuerdan, y, cuanto peor fue la batalla, menos lo recuerdan.

En todo tipo de combates, todo el cuerpo está golpeado por la emoción. Las glándulas endocrinas vierten sus fluidos en el organismo para que sea capaz de soportar la gran demanda que se le hace. El miedo y la ferocidad son productos del mismo fluido. Las toxinas de la fatiga envenenan el organismo. El hambre seguida de una comida atropellada distorsiona el patrón metabólico ya distorsionado por la adrenalina y la fatiga. El cuerpo y la mente tan perturbados están realmente enfermos y febriles. Pero además de estos males, que provienen del interior del hombre y que se le dan para que pueda soportar temporalmente presiones más allá de su capacidad normal, está el estrés adicional de la explosión.

Bajo ataques o bombardeos prolongados, las terminaciones nerviosas son literalmente golpeadas. Los tímpanos son torturados por la explosión y los ojos duelen por el constante martilleo.

Así es como te sientes después de unos días de disparos constantes. Tu piel se siente gruesa e insensible. Hay un sabor salado en tu boca. Tienes un nudo duro y doloroso en el estómago, junto a la comida sin digerir. Tus ojos no captan muchos detalles y los contornos nítidos de los objetos están ligeramente borrosos. Todo parece un poco irreal. Cuando caminas, parece que tus pies apenas tocan el suelo y tienes la sensación de que todo tu cuerpo flota. Incluso el sentido del tiempo parece haber cambiado. Los hombres que realmente se mueven a un ritmo normal parecen tardar una eternidad en pasar por un punto determinado. Y cuando te mueves te parece que estás muy lento, aunque en realidad probablemente te estés moviendo más rápido de lo que lo haces normalmente.

Bajo las explosiones, tus globos oculares están tan golpeados que la tierra y el aire parecen temblar. Al principio te duelen los oídos, pero luego se embotan y todos los demás sentidos se embotan también. Hay excepciones, por supuesto. Algunos hombres no pueden protegerse de esta manera y se quiebran, y son probablemente los que llamamos casos de trauma de guerra.

En el embotamiento cambian todas las prioridades. Incluso el instinto de conservación se embotan para que un hombre pueda hacer cosas, que se llaman heroicas, cuando en realidad toda su estructura de reacción está cambiado. El mundo entero se vuelve irreal. Te ríes de cosas

que normalmente no son graciosas y te enfureces por nimiedades. Durante este tiempo, un hombre bondadoso es capaz de grandes crueldades y un hombre tímido, de una gran valentía, y casi todos los hombres tienen resistencia a las tensiones más allá de su capacidad normal.

Entonces el sueño puede llegar sin previo aviso y como una droga. Poco a poco todo tu cuerpo parece estar lleno de algodón. Todos los troncos nerviosos principales están insensibilizados y de la maltrecha corteza surgen curiosos pensamientos oníricos. Es en este momento cuando muchos hombres ven visiones. Los ojos se fijan en una nube y el cerebro cansado la convierte en una cara, o un ángel o un demonio. Y del cerebro martilleado se desprenden extraños recuerdos, escenas y palabras y personas olvidadas, pero almacenadas en el fondo del cerebro. Puede que no sean cosas importantes, pero vuelven con sorprendente claridad a la conciencia que se aleja de la realidad. Y estos recuerdos casi siempre son visiones.

Y entonces se acaba, no puedes oír pero luego hay un sonido apresurado en tus oídos. Y quieres dormir más que nada, pero cuando duermes tu mente está intranquila y atestada de cifras. La anestesia que tu cuerpo te ha dado para protegerte está empezando a desaparecer y, como con la mayoría de las anestésicas, es un poco doloroso.

Y cuando te despiertas y piensas en las cosas que han pasado, ya se están volviendo irreales. Entonces no es normal que estés asustado y enfermo. Intentas recordar cómo era, y no lo consigues. Los contornos en tu memoria son vagos. Al día siguiente, el recuerdo se desvanece más, hasta que queda muy poco. Se dice que una mujer siente lo mismo cuando intenta recordar cómo fue el parto. Y la fiebre deja este mismo tipo de vaguedad en la mente. Tal vez toda experiencia que está más allá de lo soportable es la forma en la que el organismo proporciona el escudo y elimina la memoria, para que una mujer pueda tener otro hijo y un hombre pueda ir al combate de nuevo.

Se desvanece tan rápido. A menos que tomaras notas en el momento, no podrías recordar cómo te sentías o cómo se veían las cosas. Los hombres en una batalla prolongada no son hombres normales. Y cuando después parecen ser reticentes, tal vez no recuerden muy bien.

http://drgranata.tripod.com/sitebuildercontent/sitebuilderfiles/why_soldiers_wont_talk_steinbeck.pdf